



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

Las crónicas que siguen no tratan concretamente del problema del Terror revolucionario, cuyos diversos aspectos han sido abordados hasta ahora. Parece por tanto útil añadir a los estudios precedentes, a título de anexo, los problemas más particulares que en las mismas se tocan, el papel de los escritores como "ojeadores" de la policía política, el carácter justificador de la propaganda, el asesinato político, el "derecho de no tener razón", estando todos, de una forma u otra, implicados en el problema general del Terror.

III

AL MARGEN DEL TERROR

La mixtificación dirigida

Es preciso crear que no es tan fácil abstenerse de ciertas palabras. En la vitrina de la "permanencia" comunista de mi distrito, hay un bello cartel con una pregunta en grandes letras: "¿existe en América libertad de expresión?". Se refiere, estoy seguro de ello, a condenas impuestas a militantes comunistas en los Estados Unidos. Dejo a un lado el fondo del problema que es siempre el mismo y en forma alguna sencillo: ¿Hasta qué punto un régimen "liberal" puede reprimir o condenar la propaganda y la acción política que tienen, precisamente, a destruirlo? Si, en nombre de la libertad, se defiende por medios autoritarios, se encuentra con que debe violar sus propios principios para defenderlos, y abandonarlos para mantenerlos. Si, en nombre de la libertad, rehúsa defenderse se halla igualmente reducido al absurdo; puesto que dejando el campo libre a los que quieren estrangularle, e instalar la dictadura a su capricho, traicionan también a la libertad que él reclama (1). He aquí a la libertad obligada a lanzar sus policías contra

(1) Observe que la propaganda comunista pone uno tras otro y según sus necesidades, a los regímenes liberales frente a los dos términos del dilema. ¿Se trata de reprimir una agitación comunista?

III

AL MARGEN DEL TERROR

La mixtificación dirigida

Es preciso creer que no es tan fácil abstenerse de ciertas palabras. En la vitrina de la "permanence" comunista de mi distrito, hay un bello cartel con una pregunta en grandes letras: "¿existe en América libertad de expresión?". Se refiere, estoy seguro de ello, a condenas impuestas a militantes comunistas en los Estados Unidos. Dejo a un lado el fondo del problema que es siempre el mismo y en forma alguna sencilla: ¿Hasta qué punto un régimen "liberal" puede reprimir o condenar la propaganda y la acción política que tienen, precisamente, a destruirlo? Si, en nombre de la libertad, se defiende por medios autoritarios, se encuentra con que debe violar sus propios principios para defenderlos, y abandonarlos para mantenerlos. Si, en nombre de la libertad, rehúsa defenderse se halla igualmente reducido al absurdo; puesto que dejando el campo libre a los que quieren estrangularle, e instalar la dictadura a su capricho, traicionan también a la libertad que él reclama (1). He aquí a la libertad obligada a lanzar sus policías contra

(1) Observo que la propaganda comunista pone uno tras otro y según sus necesidades, a los regímenes liberales frente a los dos términos del dilema. ¿Se trata de reprimir una agitación comunista? "Vose-

los revolucionarios, o a alargar sus muñecas a las esposas que llevan en los bolsillos éstos revolucionarios candidatos a policías. Tanto en un caso como en el otro, alguien va a la cárcel. Esta es la fuerza de los revolucionarios, llámense fascistas o comunistas, cuando se empeñan en un combate contra esos pobres liberales. Los escorralan en la contradicción, forzándoles a un comportamiento que supone una mala conciencia. Porque un liberal tiene necesariamente mala conciencia cuando encarcela a alguien que conspira contra la libertad; y también cuando no lo hace. De aquí la actitud extraña e incómoda de las sociedades liberales respecto a sus adversarios. Los dejan tranquilos mientras no se agiten demasiado; los detienen cuando pasan de ciertos límites; los vuelven a poner en libertad cuando comienzan a gritar demasiado fuerte y vuelven a tener que arrestarlos cuando comienzan los golpes; todavía vuelven a libertarlos cuando sus partidarios se amotinan para defenderlos, lanzando piedras y rompiendo cristales; entonces cogen las ametralladoras y gana, finalmente, el que tira mejor.

vosotros no tenéis derecho; los principios de la libertad que pretendéis defender exigen que toda opinión pueda manifestarse, que cada uno pueda actuar y hablar como le parece". ¿Se trata de reprimir una agitación fascista? "Vosotros tenéis la obligación. Meterlos en la cárcel. Hacerlos callar. ¡A muerte! ¡A muerte! los principios de la libertad que pretendéis defender exigen que toméis medidas autoritarias contra los enemigos de la libertad".

Los adversarios de la libertad no tienen complejos, sino mala conciencia. Meten alegremente en la cárcel a las personas, de conformidad perfecta con los principios; y con carácter definitivo. Arreglado de una vez para siempre.

Pero son las palabras que figuran en el cartel las verdaderamente interesantes: "¿existe en América la libertad de expresión?". Lo que da a entender que allí no existe; y también que debería existir; que el partido comunista defiende la libertad de opinión, y que la establecerá si algún día llega a triunfar en América. Por eso es por lo que, - la pregunta que figura en el cartel, hace que el no comunista, o el que lo es imperfectamente esté tentado de responder con otra pregunta - un poco vulgar, estoy de acuerdo, pero lógica: "¿pero es que existe en la U.R.S.S. libertad de expresión?". A la cual el material de propaganda del partido, permite dar varias respuestas. Esta para el público en general: "sí, la libertad de opinión existe en la U.R.S.S. porque el pueblo se ha liberado allí de la servidumbre capitalista; - porque los periódicos han cesado de ser los instrumentos de los trust para convertirse en los órganos de la libre expresión de la colectividad. Además el derecho de crítica existe en la U.R.S.S., etc.". Esta, para aquellos que en el vocabulario religioso se calificarían de públicos suficientemente prevenido - al que, en el cine, puede, según la censura eclesiástica, reportar la escena de un beso voluptuoso, el

que en política, pueda, según la censura comunista, soportar una cierta dosis calculada de verdad: "No, la libertad de opinión no existe en la U.R.S.S.. Pero la U.R.S.S. no es una democracia liberal burguesa; es una democracia popular progresista rodeada de un mundo de enemigos capitalistas, amenazada en el interior por los traidores, los saboteadores y los agentes del extranjero a los que es preciso reducir al silencio, si no quisiere que la obra de la edificación socialista pueda ser llevada a buen término. La U.R.S.S. es el país de la dictadura del proletariado que no marcha sin medidas de violencia contra los enemigos del proletariado. Nosotros exigimos de la democracia liberal burguesa el respeto a sus principios, porque necesitamos, para hacer triunfar nuestra propaganda, gozar de libertad de expresión. Pero no debemos guardar a nadie el respeto de los principios de la democracia burguesa, puesto que esos principios no son los nuestros. Observo, de paso, que ésta segunda argumentación no es, de ningún modo, indefendible. Para un comunista, la victoria del proletariado dará a los hombres la verdadera libertad, la libertad real, mientras que las libertades democráticas son libertades mentirosas y mixtificadoras, que enmascaran la opresión social. Ahora bien, mientras que el proletariado no haya conseguido la victoria, está en guerra y aplica las disciplinas de guerra. La guerra es incompatible con la libertad; un general no deja en libertad a sus soldados; no deja tampoco en libertad a los soldados enemigos a

los que ha hecho prisioneros. Igualmente la guerra es incompatible con la verdad; es preciso engañar al adversario para equivocarle y sorprenderle; es preciso mentir al amigo, para impedirle que se desaliente, o comprometa un plan de guerra por imprudentes habladurías. Del mismo modo la guerra es incompatible con la justicia; no se trata de hacer justicia al adversario, sino de ponerle en condiciones de no hacer daño. También con humanidad, es preciso matar mucho en la guerra.

Pero aún hay más; el buen comunista está convencido de que la explicación marxista del mundo y de la historia es verdadera, sin lo cual no sería un buen comunista. Ahora bien, la característica de la verdad es la de ser reconocida como tal por los hombres, cuando no hay nada que se oponga a este reconocimiento. Si la verdad marxista no es reconocida por todos los hombres es a causa de impedimentos de orden social; la clase capitalista no reconoce la verdad marxista, porque esta verdad es contraria a sus intereses económicos y a sus privilegios sociales; numerosos individuos de la clase trabajadora también permanecen cerrados a la verdad marxista, porque son presa de la miseria embrutecedora, de los embustes capitalistas, de la ignorancia y del miedo. De esta forma, la diversidad de opiniones en el régimen capitalista, resulta precisamente de la opresión capitalista. Todo hombre, si estuviese en estado de enfrentarse con la interpretación marxista del mundo, sin intereses personales, sin sufrir el peso de los -

prejuicios y tradiciones mixtificadoras, adoptaría, desde luego, esta interpretación. Si todos los hombres no son marxistas, es que todos los hombres no son libres. Basta, pues, destruir los obstáculos que impiden a los hombres el acceso a la verdad y los hombres en quienes la sociedad capitalista ha producido taras intelectuales incurables, para que la libertad de opinión en el sentido de la democracia burguesa, es decir una libertad igual para manifestarse de acuerdo con opiniones diversas y contradictorias, cese de tener un significado. Para el hombre que no es marxista, la libertad de opinión es en esencia la libertad del otro, del hombre que no piensa como él, -esta libertad no es fácil de adoptar, y muchos no marxistas la rechazan en su fondo aunque la reivindicuen-. Para el marxista, la libertad de opinión, es la libertad de profesar la opinión marxista, pues para él todo el mundo sería marxista si fuese libre.

De aquí resulta que, para el marxista, todo hombre que, puesto libremente frente a la verdad marxista, se niega a aceptar esta verdad deja de ser un hombre libre, para convertirse en un criminal incorregible, al que importa desembarazarse del cuerpo social inmediatamente. No es ni siquiera castigado. Es borrado, como se borra de una suma un número equivocado. En cuanto a los demás, son libres y marxistas al mismo tiempo, puesto que piensan lo que desean pensar y dicen lo que desean decir; y puesto que la libertad, es la libertad de ser marxista. Queda por saber si los grandes extractores de cristianismo de

infieles, de incrédulos y de herejes de todas las épocas, no se consideraban, también, como defensores de la verdadera libertad de opinión, puesto que ponían fuera del estado de oprimir los espíritus a los que consideraban prisioneros del error. El ideal de los Inquisidores no era el de conseguir buenos cristianos por la violencia. "Sí, pero su verdad era falsa, dice el marxista, mientras que la mía es verdadera". Este es exactamente lo mismo que pensaban, de las verdades y las persecuciones anteriores los señores del Santo Oficio.

Pero los señores del Santo Oficio no decían que obraban en defensa de la libertad. El cartel que yo he leído habla de libertad. Aquí es donde hemos hecho progresos; y aquí es donde se habla con satisfacción de la hipocresía de los comunistas. Injustamente, me parece, si se piensa en el hombre del montón, en el más modesto y honrado militante. Toda hipocresía supone, en el hipócrita, la conciencia de su impostura. Detrás de todo hipócrita hay un cínico que se ríe de la broma que está gastando. El buen comunista no es un cínico, sino un hombre perfectamente serio. El buen comunista no se ríe. Y no se ríe, ni aún cuando se presenta como campeón de la libertad de opinión puesto que, a su juicio y al de los que piensan igual, la libertad de opinión que reivindicaban con toda sinceridad, es simplemente la libertad. Es posible que si estuviere a solas con otro miembro del partido o dialogando con sí mismo, no sería la palabra libertad la que emplease, porque puede creer

un equívoco con la libertad burguesa, que es muy diferente, que es mentirosa y que es aborrecible. Pero precisamente el buen comunista no está solo; redactar un cartel no es un acto de solitario. Un cartel se hace para ser leído, leído por los camaradas del partido, cuya formación doctrinal puede no ser muy profunda, leído por los proletarios sin partido, que tienen que aprender todo y se valen de palabras del diccionario en su acepción burguesa; y leído por los burgueses liberales, entre los que hay interés en crear una mala conciencia: ¿Cómo? ¿Es pues ésta la libertad en la que yo creo? ¿Consiste en encarcelar a los comunistas? Pues entonces no es libertad". Para esto es para lo que sirve un cartel. En la discusión teórica, cuando se está entre camaradas, hay interés en evitar los equívocos. Pero en la guerra de propagandas hay interés en crearlos. El buen comunista se limita, pues, a emplear tan bien como pueda la elasticidad del vocabulario, porque se trata de hablar a la masa, y es preciso hablarle con palabra que comprenda. Ahora bien, la multitud comprende la palabra libertad de una manera sencilla, tradicional, "burguesa". La libertad es la libertad para ir adonde le plazca, hacer lo que quiera y decir lo que piense. La libertad marxista es otra cosa; es el fin de la opresión capitalista y la emancipación del proletariado, acontecimientos que no suponen necesariamente la existencia de las libertades antes indicadas, y con las cuales según los mas-

tros serán incompatibles por largo tiempo todavía. La finalidad es - pues introducir la ambigüedad en el lenguaje. Cuando en un texto comunista se encuentra la palabra libertad, ésta palabra debe poder ser - comprendida, por el no comunista, en su acepción burguesa, idealista y reaccionaria si se quiere, de valor incondicional, libertad de permanecer donde se esté o de irse a otra parte, de trabajar o de cesar de trabajar, de decir sí o de decir no, y libertad de servir al régimen establecido o de combatirlo; pero la misma palabra libertad debe poder ser comprendida por los comunistas en su sentido comunista: libertad para el proletariado, guiado por el partido comunista, de proseguir la conquista del poder, de tomar el poder, de aniquilar las oposiciones, es decir, abogar las libertades antagonistas y de exigir a todos una obediencia exacta y una sumisión continua: "Vosotros, capitalistas, pisoteáis la libertad -la libertad del oponente-. Nosotros, comunistas, por el contrario, somos los campeones de la libertad -de la libertad del proletariado que aplastará la de los oponentes-". La astucia consiste en que, en ambos casos, la palabra libertad no es la misma más que aparentemente.

Ahora bien, si la libertad es un valor, si la palabra que la designa tiene el poder de atraer a los hombres y de sublevarlos para la defensa de éste valor, es en la medida en que se trate no de mi libertad como negación de la tuya, sino de mi libertad y de la tuya, de la

libertad que es al mismo tiempo la mía y la tuya. Sin duda, muchas pa-
siones menos confesables vienen siempre a mezclarse con la pasión de
la libertad, lo que hace que en su nombre uno oprima gustosamente a
sus semejantes. Pero uno no querría admitirlo conscientemente. No se-
ría pues conveniente decirle, al que no es comunista y al que se quie-
ra ganar, que la libertad reivindicada por el partido comunista no es
la libertad elemental, que es la libertad revolucionaria; es decir, la
libertad de hacer una cierta revolución. La demostración dialéctica,
según la cual la libertad en régimen burgués no es más que una falsa
libertad, mientras que la libertad que la revolución dará a los hom-
bres, — que traerá consigo la destrucción de las servidumbres económi-
cas, y que permitirá el completo desarrollo humano, — será realmente la
verdadera libertad, ésta demostración correería el riesgo de no conven-
cer a todo el mundo. Si la propaganda comunista emplea con tanto gus-
to la palabra libertad, no es a pesar de su ambigüedad, sino en razón
de esa ambigüedad; porque ésta ambigüedad permite explotar el sentido
común de la libertad (decir y hacer lo que se quiere — en provecho —
del sentido particular de la libertad según la definición comunista —
—sacar partido de una sociedad que puede ser terriblemente autorita-
ria, siempre que la explotación capitalista en ella haya desaparecido—
Otro ejemplo: la palabra imperialismo. El partido comunista ha he-
cho hace poco una declaración, según la cual el pueblo francés no ha

rá nunca la guerra a la Unión Soviética; y, seguramente, los adversarios del partido comunista se han indignado. ¿El partido comunista declara abiertamente que sus miembros se negarán a hacer la guerra a la Unión Soviética en todos los casos, aún si los ejércitos de la Unión Soviética invadiesen Francia? Jamás los franceses que tenían las mayores simpatías por la Alemania nacionalsocialista, hubrían oído proclamar así, de antemano y de manera incondicional, éste principio de no beligerancia. Pero he aquí que un portavoz comunista responde que esa indignación no tiene sentido. En efecto, la U.R.S.S. no invadirá jamás Francia. ¿Por qué?. Porque los pueblos que atacan a los demás pueblos son los imperialistas. El imperialismo, según las definiciones marxistas, son las disposiciones agresivas de las naciones capitalistas que buscan en la guerra mercados para los negocios de su clase dominante y desviar la atención de su lucha interna de clases. Ahora bien, la U.R.S.S. no es una nación capitalista, no tiene clase dominante a la busca de mercados exteriores y no conoce la lucha de clases; luego no es imperialista; luego no puede atacar a nadie. ¿Pero y si a pesar de todo ataca?. Imposible. Inconcebible. ¿Pero y Finlandia en 1.940?. Puesto que la U.R.S.S., no siendo imperialista no puede atacar, es lógico que ella no atacó. Sin duda Finlandia estaba en manos de capitalistas que premeditaban un ataque contra la U.R.S.S. que ésta únicamente previno, lo cual no es atacar. Elle fué un soco—

no del pueblo finlandés oprimido por sus capitalistas y sus guardias blancos. Esto no es atacar. ¿Pero no explote la Alemania hitlerista sus armamentos cuando atacaba a sus vecinos? Sin duda, pero la Alemania hitlerista mentía; la U.R.S.S. no miente. En un hecho tan vergonzoso, en efecto, que la Alemania hitleriana usase con cinismo para cubrir sus miras agresivas, de argumentos tales como el de la operación preventiva o el del socorro llevado a pueblos oprimidos, arrojado así el descrédito sobre esos argumentos, que la U.R.S.S. ya no puede utilizarlos sin hacerse sospechosa. ¿Pero y si finalmente nos encontramos en presencia de un hecho, como es el de la entrada del ejército rojo en Francia? Esto probará finalmente que el gobierno francés de servidores de Truman, se preparaba para atacar a la U.R.S.S., o que el pueblo francés oprimido ha pedido socorro al ejército rojo liberador. Luego no tardará que entrar en juego los viejos reflejos de los pueblos invadidos. Francia no será invadida, aún si es invadida, pues no se es invadido más que si se es atacado. Ahora bien, la U.R.S.S. no nos atacará, aún si nos ataca, puesto que para atacar es preciso ser imperialista, y la U.R.S.S. no es imperialista, ya que el imperialismo va implicado al capitalismo. La causa está juzgada.

Vemos, todavía, cómo es útil jugar con la ambigüedad de las palabras. Por sentido común, el imperialismo es la propensión de numerosas naciones de asentarse sus pies sobre el territorio del vecino cuando

do se presenta la ocasión, desde el punto de vista de esta definición, no es irrazonable imaginar que un estado socialista pueda ser, llegado el caso, imperialista, por el deseo de beneficiar a sus vecinos - con su propia revolución; y entonces puede decirse que en cuanto a sus caracteres objetivos, por ejemplo, el empleo de grandes unidades acorazadas o la acción de comandos paracaidistas sobre la retaguardia, la empresa de liberación revolucionaria y la de agresión imperialista se asemejan como dos gotas de agua. No importa, en virtud de las definiciones técnicas del marxismo -agresión o invasión- no tienen aquí razón de ser. Es la misma técnica de la ambigüedad empleada en el caso de la libertad antes citada; pero ésta técnica es aquí inversa. Hay dos realidades diferentes; la libertad del sentido común y la libertad de la definición comunista; y la propaganda crea entre una y otra la confusión por el empleo de la palabra libertad; hay una realidad común en ambas las formas de expansión de un sistema político a costa de los territorios vecinos, y la propaganda crea entre esas formas una distinción verbal limitando al imperialismo "burgués" la acepción común de la palabra "imperialismo". De esta forma la propaganda parece capaz de hacer admitir que es sólo de la libertad del sentido común de la que se trata cuando se trata de la libertad revolucionaria, y que no es al imperialismo del sentido común al que se refiere, cuando el imperialismo revolucionario está en juego. Se asocia la re-

1 1966-

velocidad a todos los valores bien considerados, y no se la solidifica con palabras que tienen mala reputación.

Estas sutiles transmutaciones han sido llevadas a cabo sobre el conjunto del vocabulario puesto a disposición de los políticos; para enumerarlas sería preciso componer todo un diccionario. Basta recordar el doble juego aplicado a la palabra democracia --se busca movilizar el sentimiento democrático, ligado a las formas liberales de la democracia, en provecho de la "democracia popular" de poder autoritario y partido único--; a la palabra patria --se busca movilizar el sentimiento patriótico en provecho de la patria según las exigencias comunistas, es decir: "de la patria en que el partido comunista dispone de un cierto número de ministerios y cuyo política exterior está de acuerdo con la de la U.R.S.S."; a la palabra traición --se busca hacer pasar desapercibido el deserción que va unido a la traición según el sentido común, es decir, a la traición cometida a expensas de la nación, con la traición respecto a la revolución y al partido--. Son palabras de doble sentido que uno inscribe sobre las banderas --un sentido para los iniciados y otro para el vulgo; y un nombre de palabras de doble sentido se fusila.

Indudablemente, el partido comunista no ejerce el monopolio de las palabras mixtificadoras. Los partidos fascistas también han hecho uso de ellas; uno recuerda en qué forma explotaban al mismo tiempo el pe-

ligro socialista entre los burgueses conservadores, y el atractivo del socialismo entre las masas obreras; el principio de la igualdad de derechos entre las naciones y el de la superioridad de la raza predestinada entre la juventud; y el del orden entre los acaudalados. Las sociedades democráticas capitalistas tienen también sus mixtificaciones, sobre las cuales el propio marxismo ha arrojado una luz cruel. Cuando sus representantes pronuncian las palabras libertad, verdad, humanidad y justicia, se esconden, detrás de esas palabras, muchos intereses que prefieren guardar su verdadero carácter en la sombra, y la Igualdad — con una gran I hace el juego a muchos tiranos secretos, o discretos, y la Patria con una P mayúscula, el negocio de muchos abominables traficantes y honorables accionistas. Luego los comunistas no son los únicos mixtificadores, pero su mixtificación presenta, al menos, un cierto número de caracteres particulares.

En primer lugar lleva consigo, al menos en los Estados Mayores, una conciencia y un método de mixtificación. Es la crítica marxista que ha denunciado la mixtificación en las sociedades capitalistas y mostrado los mecanismos de ésta mixtificación. Sucede como si los comunistas, — habiendo constatado, medido y analizado los efectos de la mixtificación en la sociedad capitalista, hiciesen de ella un uso científico y deliberado cerca de las masas sobre las cuales tratan de actuar. La mixtificación capitalista es, en gran parte, un fenómeno de ceguera voluntaria.

ría ante las taras o las injusticias de su sociedad. El capitalista - aparta públicamente los ojos de sus propios intereses para contemplar -y hacer contemplar al pueblo- los valores superiores. Pero él cree - en esos valores, cree en la Verdad, en la Democracia y en la Patria, aunque mientras tanto se llene los bolsillos. El comunista que invoca también los valores superiores -los mismos que los del capitalista, la Verdad, la Democracia, la Patria- sabe que invoca valores que ha criticado, valores "capitalistas" que él considera como formas de la mixtificación capitalista. La mixtificación capitalista es pues, espontánea, refleja; la mixtificación comunista es una mixtificación dirigida.

Hay que añadir otro caracter. El hombre de la sociedad burguesa, el hombre formado por la cultura burguesa cree en la trascendencia absoluta de valores tales como la Verdad y la Justicia; es posible que se equivoque creyendo en ellos, pero en fin, cree. El hombre formado por la cultura marxista, no cree en esta trascendencia; y, por tanto, apega a ella como si creyese. Invoca los "valores" burgueses, de los absolutos burgueses entre las masas comunistas teniendo buen cuidado de abandonar la máscara de trascendencia con que, según él, la mixtificación burguesa los ha disfrazado; porque sabe que es a esa máscara a la que es debido su prestigio. Lo que hay de singular en la política comunista, es que se sirve, para su propaganda, de valores burgueses

y del prestigio de esos valores, después de haber palpablemente demostrado, con su crítica doctrinal, que esos valores eran el producto de la mixtificación. Luego si un buen francés, radical burgués - hasta sus tatarabuelos, se deja ganar por la propaganda comunista, - por el eco que encuentran en él la palabra "libertad" o la palabra "patria", es seguro que es por razón del contenido tradicional de esas palabras; tal como lo aprendió en la escuela, no en razón del contenido propiamente marxista que se les ha dado, discretamente, sin decirsele.

Estamos, pues, ante una propaganda que se sirve de palabras corrientes en distinto sentido del usual, con el fin de explotar metódicamente ésta ambigüedad premeditada, con vistas a una verdadera sustitución de valores; y el comunista sincero puede considerar que eso no es mentir, que la libertad en la que él piensa es la verdadera libertad, mientras que la libertad burguesa es falsa; que la patria en la que piensa es la verdadera patria, mientras que la burguesa es falsa. Pero él no puede saber que, aún teniendo razón, toda su técnica de propaganda consiste en hacer que se confunda la verdadera libertad con la falsa, la falsa patria con la verdadera; y esto es una impostura.

Queda por saber si la impostura es eficaz, si los métodos políticos más impostores, como el del desprecio de los hombres y el de la

crueldad son también los más eficaces. Pues no está probado, a priori, que en el mundo, aquél que miente más, aquél que mata más, obtiene, infaliblemente la victoria; y si por casualidad no fuese así, muchos métodos políticos podrían ponerse en duda.

(La Table Ronde, novbre. 1.948)

El partido del equívoco

Volvamos sobre ésta cuestión del engaño.

Todo partido político está empeñado en una especie de guerra, en la que se busca evitar la derrota y ganar la victoria, es decir, adueñarse del poder y expulsar a los partidos de la oposición. Para el partido comunista esta guerra es un negocio mucho más serio, puesto que se trata de adueñarse no de un país solamente, sino del mundo entero, de cambiar radicalmente la estructura de la sociedad por métodos dictatoriales acudiendo a todos los medios, incluso al de la muerte que es el mejor de todos, para reducir la oposición al silencio; de dar al universo una forma nueva, invitando a esta tarea, de grado o por fuerza, a todas las energías humanas empujadas al paroxismo por el entusiasmo o por el miedo. Guerra total, al lado de las cuales las guerras capitalistas no son, si hemos de creer a los doctrinarios marxistas, mas que juegos de niños; guerra total que carece de sentido si no conduce finalmente a la victoria total.

Aun es preciso ir más lejos. Esta guerra y esta victoria tienen el -

mismo sentido que la historia, constituyen la estructura de la realidad humana, tienden a la realización del hombre, a la resolución de la antinomia entre lo ideal y lo real, al cumplimiento de la filosofía, es decir, a la encarnación de la justicia, de la verdad y de la dicha para el hombre en una existencia terrestre en que la materia estará definitivamente dominada. Luego la guerra comunista se parece a todas las guerras en el sentido de que todas las consideraciones son secundarias ante el objetivo de la victoria; pequeños o grandes engaños son admisibles ^{si la verdad} puesto que son precisos para equivocar al enemigo y para alentar al amigo; a la justicia, porque es preciso ser más fuerte y más eficaz; y a la humanidad porque es preciso desembarazarse de obstáculos y causar miedo. Pero al mismo tiempo la guerra comunista es diferente de todas las demás guerras, la única verídica, puesto que inscribe la verdad en la historia; la única justa porque hace triunfar la justicia en la historia, y la única humana puesto que tiende a la felicidad. Desde el punto de vista de la guerra comunista engañar, violentar y matar no son sólo actos deplorables y necesarios - a los cuales es preciso recurrir después de haber abandonado el vestido incómodo de los valores ideales, que se recogerá más tarde; - no son sólo concesiones temporales del ideal a las duras necesidades de la realidad, sino etapas de la verdad, de la justicia y de la humanidad en camino de realización. Son momentos dialécticos.

Desde ese momento, mentir no es ya mentir, violentar ya no es violentar y matar ya no es matar. "Yo afirmo, dice el comunista en noviembre de 1948, que defendiendo la libertad de prensa y las demás libertades constitucionales frente al arbitrario M. Jules Moch. Vosotros me acusais de mentir, porque, si llego al poder, suprimiré los diarios de la oposición y me meteré vuestra Constitución en el bolsillo. No lo niego, pero no hay engaño en esto. Pues tal como está planteada la lucha revolucionaria en Francia en 1948, esta lucha necesita, para desenvolverse, de la libertad de prensa y de las demás libertades constitucionales, que nos permitirán dar a nuestra propaganda, a nuestra agitación sobre el plan sindical y a nuestra preparación insurreccional, el desarrollo que precisamos. Luego, defendamos sinceramente estas libertades desde el momento en que históricamente son útiles para nuestra causa. Podeis ver que no mentimos". En cierto sentido tiene razón. "Vosotros decís que mentimos, agrega todavía, porque en las nuevas ediciones de Marx y de Lenin suprimimos algunos pasajes, que serían molestos para nuestra propaganda actual. Pero si Marx y Lenin vieran nos darían la razón, puesto que ellos mismos nos han enseñado que la verdad doctrinal no es rígida, sino una ponderación consciente de los acontecimientos de la historia y de los medios de dominarlos. No desnaturalizamos, ni traicionamos la doctrina de los maestros. La actualizamos de acuerdo con las exigencias de la praxis, presentando

el aspecto más eficaz. Lo que se escribió para determinadas circunstancias, no es utilizable para otras. Nosotros bombardeamos, remendamos y retocamos. No somos fieles a la letra que mata, sino al espíritu que vivifica. En cierto aspecto, esto puede sostenerse también.

Pero, consideremos, por ejemplo, lo que ha pasado estas últimas semanas con las huelgas mineras. Aquí, el caso es bastante diferente. Un ministro declara, en la tribuna de la Asamblea nacional, que tiene pruebas según las cuales el partido comunista francés es el instigador de estas huelgas, provocadas en virtud de órdenes precisas de la Kominform, la cual es un instrumento de la política soviética. El ministro tiene también pruebas, según las cuales los fondos han sido puestos por la Kominform -o por el gobierno soviético, o por aquélla- por orden de éste- a disposición del partido comunista francés, para financiar la huelga. Se trata, según el ministro, de explotar las reivindicaciones sindicales con fines de mayor envergadura, como son el de una desorganización prolongada de la economía francesa, el de una baja de la moneda, el de crear perturbaciones susceptibles de hacer desistir a los capitalistas americanos de invertir sus dólares en la Europa occidental y de arruinar el plan Marshall. Las pruebas del ministro son interesantes, pero no dicen nada nuevo, no hacen más que sentar lo que ya se sabía, puesto en evidencia por el desarrollo de los acontecimientos. Es natural que un partido que coloca la lucha contra -

el capitalismo en un plano internacional reciba instrucciones y subsidios de más allá de las fronteras; es natural que los comunistas franceses, que luchan por el poder, se apoyen en los comunistas rusos, y que los comunistas rusos, que ya han conseguido su objetivo, y que disponen de los recursos de un Imperio gigantesco, inspiren, dirijan, sostengan y financien la actividad comunista en el mundo, y consecuentemente en Francia; es natural que el partido comunista que ha considerado siempre que la agitación sindical y la lucha por mejores salarios, eran no fines, sino medios de forjar la conciencia de la clase del proletariado y de preparar al proletariado para la lucha insurreccional abierta, intente desbordar el cuadro puramente profesional y lanzar al mundo obrero a las huelgas políticas; es natural, en fin, que el partido comunista juzgue el plan Marshall como lo que efectivamente es, como un medio de tener la prosperidad a la Europa occidental y ponerla en condiciones de luchar contra una presión eventual de la Rusia soviética o, sea, como un arma dirigida contra la U.R.S.S. y contra la revolución comunista, arma que es necesario destruir. Los portavoces del partido comunista podrían, pues, responder al ministro: "Efectivamente, las cosas pasan como dice el ministro; eso es lo que nosotros queremos. La huelga minera forma parte de nuestro plan general, que es el de servir a la patria del proletariado contra los Estados Unidos, ciudadela del capitalismo, el de -

precipitar la ruina del capitalismo y su economía; y el de lanzar al ejército proletario, probado en la lucha sindical, a la conquista - por la violencia insurreccional del poder político.

sin embargo, no es esto lo que dicen los portavoces, lo que ellos dicen es: " M. Jules Moch es un vil calumniador. M. Jules Moch miente. M. Jules Moch recoge del cajón de la basura anticomunista los chismes de Laval y de Doriot". Examinemos estas denegaciones en su sentido literal. No pueden significar más que esto: Si lo que dice M. Jules Moch es falso, lo contrario tiene que ser verdad. Luego el partido comunista francés, animado por un nacionalismo celoso, se niega a recibir instrucciones llegadas del país en el que el comunismo tiene - sus jefes, sus medios de acción principales y su experiencia del poder; se niega a recibir una ayuda material del país que dispone de - recursos ilimitados para sostenerle; y, por otra parte, este país se niega a interesarse, en forma alguna, de lo que haga el partido comunista francés; el partido comunista francés tiene la intención de - mantener las huelgas en un plano puramente profesional; el partido comunista francés está dispuesto a colaborar lealmente en la reconstrucción de la economía capitalista de Europa, lo que constituiría - su propia ruina; el partido comunista francés denuncia el plan Marshall como una abominación, pero protesta con indignación contra la acusación según la cual trataba de provocar el fracaso del mismo. En

otros términos, la política comunista no es nada de lo que los maestros intelectuales del comunismo han dicho siempre que era, o lo que debía ser. Si el ministro es un calumniador, el partido comunista francés está compuesto de comunistas muy singulares.

De cualquier forma que una filosofía hábil explote la ambigüedad dialéctica de la palabra verdad, es difícil admitir que el programa de un partido comunista, rigurosamente independiente de toda influencia extranjera, escrupulosamente **legalista** y devoto con un celo ardiente de la prosperidad del régimen establecido, pueda ser pintado utilizando únicamente los trazos de la verdad, ni aún siquiera dialéctica. Por perfectamente que uno llegue a diluir la noción de la verdad en el movimiento histórico, aquélla guarda siempre un valor absoluto frente al hecho. Quiero indicar que cuando un comunista dice: "Soy patriota francés", toma posición en un dominio en el que los contornos de la verdad son indecisos y sometidos a interpretación. ¿Que es eso de ser patriota? Nunca se podrá probar que dice la verdad o que miente. Pero si dice: "mi partido no recibe subsidios de la U.R.S.S.", es preciso que diga la verdad o que miente. No **hay** término medio. No hay dialéctica.

Otro ejemplo: La propaganda comunista declara: "X ... es un **traidor**". Esto no es ni verdadero ni falso. Es una cuestión de apreciación. Si la victoria del proletariado es la única probabilidad de

salvación para Francia, el que se oponga a la victoria del proletariado perjudica a Francia. X... es, pues, un traidor a Francia porque combate a los comunistas. El artificio del vocabulario que consiste en declarar "traidor" en lugar de "enemigo del comunismo", es, desde este punto de vista, legítimo, y tiene la ventaja de poner en guardia - contra X... no solamente a los comunistas, que comprenden con medias-palabras, sino a todos los patriotas, porque los traidores son gentes abominables y peligrosas. Así podrán, cuando llegue el momento, fusilar al traidor con el asentimiento de numerosos no comunistas. ¿Mientan? No de una manera absoluta.

Pero he aquí que en lugar de decir: "X... es un traidor", lo que, - después de todo, no es más que una afirmación vaga, uno diga: "X... está pagado por América". Ya no se trata de una apreciación; se trata - de una afirmación verdadera, de una afirmación de hecho, porque no cabe la duda: o X... está pagado o no lo está. O uno dice la verdad, o uno miente. El comunista nos explicará en seguida que esto no es tan sencillo. X... no está pagado por América en el sentido estricto del término, sino que recibe un sueldo, que tiene grandes contratos de publicidad con firmas comerciales, las cuales, su vez, tienen interés en exportar a América. Inego, en fin de cuentas, X... vive con dinero americano, que es tanto como decir que está pagado por América. Esto causa más efecto; y ¿para qué tener escrúpulos si X... escribiría-

de todas formas lo que escribe?. Objetivamente no hay en ello diferencia. Todo sucede como si..... Pero entonces ¿por qué no publicar solamente que todo sucede como si...? ¿Por qué dar el golpe de gracia?. Porque el público no comprende facilmente las cosas si no se las subrayan un poco. Porque el público no está familiarizado con la dialéctica, porque cree que un cheque es un cheque y que uno no lo ha cobrado mas que si no lo ha cobrado. Porque el público cree que la verdad es la verdad y que la mentira es la mentira.

Pero queda un problema todavía. ¿Por qué creerse obligado a decir que X... ha cobrado, si no ha cobrado?. Porque es preciso que sea considerado como un traidor indicutible, como un verdadero traidor. ¿Y ¿por qué es preciso?. "Porque si no es un traidor, es que únicamente se trata de un adversario político. Ahora bien, el público no admite que un adversario político sea eliminado como tal. Admite, por el contrario que un traidor sea eliminado como traidor. Se puede fusilar bajo cualquier etiqueta. Nosotros buscaremos las mejores. Así haremos sitio satisfaciendo las exigencias de la patria ultrajada. Por otra parte, si X... es nuestro adversario sin ser pagado por ello, si tenemos adversarios honrados es que sus razones valen más que las nuestras; es que nuestras razones pueden ser refutadas. Desde el momento que admitamos que un adversario puede ser honrado, la duda comienza a

roer nuestra fé, el gusano está en la fruta. Por la misma razón no es preciso que nuestros adversarios tengan talento. Un adversario del comunismo no puede tener talento, porque es necesario que se sepa que el comunismo atrae a todas las personas de talento. Si es cierto, esta es una nueva prueba en su activo; si no lo es, existe una nueva duda. Luego, es cierto. Toda persona honrada está con el comunismo, a menos que se trate del último de los imbéciles. Todas las personas inteligentes están con los comunistas, a menos que se trate de los últimos de los vendidos; y si los primeros no eran imbéciles y los segundos no estaban vendidos, es que están dispuestos a hacer una de las dos cosas, o las dos al mismo tiempo.

Se habla del maquiavelismo comunista. No es maquiavelismo, sino maquiavismo. Hay el bien a un lado y el mal a otro, todo el bien y todo el mal. Todo el bien del lado de los comunistas, todo el mal del otro lado, del de sus adversarios, y al llegadas las depuraciones interiores se descubre un poco de mal entre las filas comunistas, este mal no será mas que un resto de capitalismo perdido entre el comunismo, un residuo del espíritu burgués, por ejemplo, o la perversidad de saboteadores y de espías a sueldo. Nada de lo que es comunista puede tener una tara de cualquier clase, si no es por culpa del capitalismo.

He aquí porque el comunismo se defiende con tanto ahínco de las acusaciones del ministro, de las que hablaba anteriormente. Es que el-

ministro ha empleado palabra villanas, y éstas no pueden ser aplicadas al partido comunista. "Recibir dinero del extranjero", por ejemplo, o "organizar huelgas políticas" e "sabotear la producción" son cosas que no están bien a los ojos del público. Esto es perfectamente justificable según la moral revolucionaria, pero es condenado por la moral corriente. Sin embargo, el partido comunista debe ser puro aún ante la moral corriente, aún ante los prejuicios burgueses y absurdos de la moral corriente. Recordémoslo: todo el bien de un lado; todo el mal del otro. Ahora bien, el bien según la moral corriente, no es precipitar la agonía del capitalismo y el desastre económico, es defender el pan de los hijos; no es preparar la conquista insurreccional del poder, es hacer oír la voz de la inmensa mayoría del pueblo francés agobiado por leyes arbitrarias; no es actuar en unión estrecha con los centros de doctrina y organización que se encuentran naturalmente allí donde el partido comunista está en el poder, es defender la independencia francesa; "Soy francés, señor". Después de un período muy largo de sinceridad revolucionaria, llevada a veces hasta una brutalidad provocadora, el partido comunista ha decidido poner de su lado la inmensa eficacia de los lugares comunes.

Los comunistas son, pues, sinceros cuando dicen que no mientan. Se reservan únicamente el emplear las palabras en un sentido que no es exactamente el que se les da habitualmente, con el fin de hacer

de forma que pudiera parecer odioso o temible entre éllo se convierta en atractivo, con el fin de que lo que pudiera parecer legítimo entre sus adversario se convierta en vergonzoso y abyecto. Unicamente, han inventado un nuevo diccionario de sinónimos, en el cual al adversario político se le llama traidor, o agente de América; la dictadura del proletariado se llama democracia popular; la libertad implica la prohibición de votar para los que no están de acuerdo; el campo de concentración de Auschwitz en el 1944 es un abominable testimonio de la tiranía fascista, mientras que el mismo campo en 1948 es un legítimo medio de defensa de los pueblos liberados contra los criminales que tratan de esclavizarlos. Obsérvese bien que ésto no es siempre mentir hablando con propiedad, pues los mismos comunistas están convencidos de que adversario político traidor, dictadura del proletariado y democracia popular, etc. no son más que una cosa. Además ¿es posible que los comunistas quisieran mentir? Mentir es inmoral; y toda moralidad está del lado de la revolución. Esto no es pues mentir, es solamente hablar a las gentes en un lenguaje que comprendan y del que no se escandalicen. Es menos escandaloso, uno lo confiesa, fusilar traidores que adversarios políticos, hacer triunfar la democracia popular que derribar la democracia que no es más que una mixtificación burguesa, luchar contra el imperialismo americano que luchar por la revolución soviética. Igualmente es nunca escandaloso conquistar las naciones ve

cinas en nombre de la libertad de los pueblos, que en nombre del derecho de la raza superior, y deportar las poblaciones de manera discreta y silenciosa que hacerlo en virtud de una ética de la voluntad de poderío. En resumen, decir en el límite: "X... cobra del dinero americano", en lugar de: "X... no es de nuestra opinión"; ésto no es un embuste, es una especie de traducción.

De esta manera, el comunista puede aparecer como un mentiroso sincero. Nadie como él tiene una conciencia tan clara del papel de la mixtificación en una acción política que pone en juego grandes masas humanas y se hace conducir por esas masas. Nadie se ha servido de una manera más maquiavélica del lenguaje democrático, de palabras clave y de ritos gracias a los cuales la masa de los hombres se vece en la ilusión de que decide su propio destino; nadie ha llevado la mixtificación a un grado de ejecución tan sistemático y científico. La mixtificación fascista no es al lado de la comunista más que un maquiavelismo romántico, un cinismo de eventureros. Pero, por el juego complejo de una dialéctica en la que aún la misma noción de la verdad se diluye, en la que toda verdad se falsea si se opone al sentido de la historia, en la que todo engaño llega a ser verdad si ayuda a la historia a cumplirse según su destino, el comunista mismo llega a mixtificarse hasta el punto de volver a encontrar sinceridad al término de la mixtificación, al término de la técnica más depurada y más cons-

ciente de la mixtificación. Este partido es el partido del equívoco, con más razón que lo haya sido nunca otro, puesto que su propaganda no emplea más que las armas más bajas, el trueque de los argumentos del adversario, el descrédito sistemático arrojado sobre las intenciones y los motivos del adversario, las evasivas, las desviaciones y los equívocos premeditados. Pero el comunista que utiliza en un grado hasta aquí desconocido de refinamiento metódico las técnicas del engaño, está al mismo tiempo convencido de que tiene la más elevada idea del hombre y que trabaja por llevar a sus semejantes a un nivel superior de humanidad. Su excusa es terrible, la de que en él la degradación de lo humano se produce bajo la cubierta de la exaltación de lo humano.

Ciertamente, ésta degradación lleva consigo, como contrapartida, una gran fuerza. El engaño adquiere una gran fuerza cuando es afirmado con toda la energía de la conciencia verídica; la crueldad adquiere una gran fuerza, cuando es practicada con la certidumbre de que se trata solamente de purgar a la humanidad de los que estorban su marcha hacia una liberación total y hacia una felicidad incondicional. El comunista está, pues, seguro de sí mismo. Pero para los que no son comunistas, y que constituyen mayoría en el mundo, al menos por ahora, aparece valiente, desinteresado y maravillosamente perfido en su tarea, pero al mismo tiempo portador de una tara singular,

hecha de una voluntad implacable de destrucción del adversario y de una falsedad esencial. Causa miedo cuando se presentaba al mundo con su dura franqueza de revolucionario marchando entre ruinas y sangre hacia la dictadura del proletariado. No ha cesado de causar miedo hoy pero al miedo se agrega un malestar; un malestar que resulta de esas evasivas incesantes, de esos perpetuos cambios de frente y de vocabulario y de un no sé qué de insidioso y protoiforme. En política puede ser útil engañar a los hombres; aún así es preciso tener cuidado de no engañarles demasiado antes de haberles rebajado a la medida del que nosprecia que uno siente por ellos. La propaganda comunista es, posiblemente perfecta cuando se ejerce en la U.R.S.S., entre muchedumbres que la educación comunista ha formado ya. Pero en el occidente decadente en que nosotros vivimos todavía, choca con la repulsa de los que creen que un traidor es un traidor, que la libertad de la prensa significa la libertad de parecer para todos los periódicos, y otras actividades burguesas. La maravillosa plasticidad del marxismo militante exige a los hombres que sean también perfectamente maleables; lo que no se puede obtener más que por un cierto número de años de enseñanza marxista obligatoria sazonada de terror permanente.

(La Table Ronde, diciembre de 1948)